

RECORDANDO EL PASADO

Hablemos hoy de otro de aquellos oficios, ya desaparecidos, pero que fueron cotidianos en nuestra juventud. Retrocedamos sesenta años y nos situamos en la década de los cuarenta en nuestra ciudad, para recordar aquel digno y abnegado oficio que fue el de traperero.

Nuestro entrevistado en esta ocasión es Manuel Ramos Castro. Nació en Benamahoma, en el año 1914 y nos relata su historia con todo lujo de detalles.

¿Cuándo llegó tu padre a Daimiel?

En el año 1936, cuando contaba con 22 años de edad. Empezó a trabajar en los albañiles, precisamente cuando estaban reconstruyendo el Teatro Ayala, pero no se encontraba a gusto en ese oficio. A él siempre le había gustado lo de comprar y vender. Estando incluso de albañil, ya compraba alguna cosilla y la vendía. Así hasta que se metió a traperero, conoció a la que sería su esposa y mi madre, Vicenta Rodríguez Peral -natural de Daimiel-, se casaron y tuvieron cinco hijos.

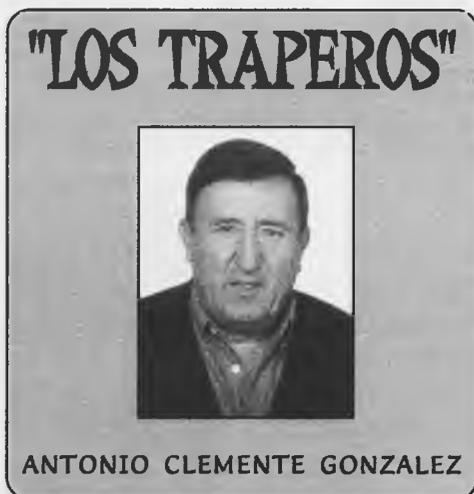
Yo soy el mayor de los hermanos y, hasta que tuve edad suficiente para ayudar a mi padre, éste se echaba el saco a las espaldas y se pateaba todo el pueblo. Pero esto no lo hacía el solo, sino también el resto de traperos que había. Iban voceando por la calle, para que la gente saliera, y decían: "Traperero y chatarrero. Se compra lana, trapos, goma y *pellicas* de conejo".

Joaquín, ¿cómo pagaba tu padre, en metálico o con algún regalillo que llevaba en la cesta?

Mi padre no llevaba ni regalos ni cesta, pagaba en metálico. Recuerdo que por cada *pellica* de conejo que compraba, pagado dos patacones y el resto, según el valor que tuviera. También íbamos a los zapateros, quienes nos vendían las recortaduras de las suelas de los zapatos. Cuando el saco se llenaba, lo teníamos que llevar a mi casa, en la calle Motilla, y lo vaciábamos en una habitación que teníamos para esos menesteres.

Háblanos de los regalos y las cestas que llevaban otros traperos..., porque a mí, en algunas ocasiones, me pagaron de ese modo.

Es cierto que uno llevaba una cesta ovalada de mimbre, cargada de remolinos, flautas, bolas para jugar, aba-



nicos pequeñitos, tazas, platillos y paloduz. Otros, en cambio, llevaban un carrillo de mano, otros un carrillo tirado por una borriquilla.

La gente empezaba a juntar todo lo que no les valía, que eran pocas cosas, porque si era ropa, la guardaban para ponerle piezas a otra prenda, ya fuera un pantalón o una chaqueta, incluso las alpargatas de goma, se le acababa poniendo una pieza de tela arriba, solamente se tiraban si se partía la suela, que era muy mala y cuando se doblaban cuatro veces, se partía, pero aún rotas, se guardaban para cuando pasara el traperero. También se guardaban las *pellicas* de los conejos, pues en la



Manuel Ramos Castro. Traperero y Chatarrero durante 50 años

mayoría de las casas había corrales y se criaban conejos, con hierba del campo, además de otros animales. Cuando se "arreglaba" un conejo, para cocinarlo, se colgaba la piel en una cuerda de ropa, para sacársela al traperero en cuanto estuviera seca.

De igual modo comprábamos la lana de los colchones, para después venderse-la a la fábrica de lanas que había en la calle Jesús. Con todas las cosas que se entregaban al traperero, la gente reunía cierta cantidad, que éste les cambiaba por alguno de los regalos que llevaba.

¿Cuándo empezasteis vosotros a mecanizaros?

Aguantamos seis o siete años; y para entonces nos compramos un carrillo de mano, así, al menos, no teníamos que llevar el saco en el hombro. Más tarde, mi padre compró un "isocarro" y, en el año 1965, le compró un huerto a Eustaquio Torres, al final de la calle Dehesa, por tan solo 15.000 pesetas. Fue entonces cuando empezamos con la chatarra. Mi padre murió a los 72 años y la familia ha seguido con la tradición, pues en la actualidad, seguimos con el negocio.

¿Té acuerdas de alguna anécdota curiosa?

Por supuesto. Recuerdo que siendo yo un crío, me mandó mi padre a comprar por la calle yo solo. Llevaría un total de dos o tres pesetas, el caso es que caminando por la calle San Roque, había unos chicos jugándose los dineros, me puse con ellos y me ganaron todo lo que llevaba. Yo no quería regresar a mi casa, sin dinero, sin género y a las tres de la tarde. Caminé hasta una casa de labor, donde me sacaron bastantes *pellicas* de conejo. Les dije que no llevaba dinero, que volvería otro día. Al parecer les dio pena y no me las quisieron cobrar. Muy contento, salí corriendo para mi casa a enseñarle a mi padre la compra que había hecho.

¿Cuántos traperos había en el pueblo?

No demasiados. Estaba Marcelino, Ramón García, Eugenio Montemayor, Ramón -cuñado de "piejo verde" y mi padre, Manuel Ramos.

Agradecemos a Joaquín el tiempo que nos ha dedicado, deseándole que prospere en su negocio. A ustedes, les emplazamos para el próximo mes, donde seguiremos recordando...